

en los que bastan las emanaciones de los leones para levantar los herbívoros á que llegan. Dos veces seguidas, con pocos minutos de intervalo, caímos en el centro de una de estas líneas de ojeadores; parecía que el deseo principal que les animaba era el de apoderarse de un rinoceronte.»

La prudencia de este animal es tan grande, que para quien no conociese más que este detalle de su carácter, el leon del Africa del Sur sería uno de los animales más pusilánimes.

Un caballo de Mr. Codrington, inglés que viajaba por Africa, se escapó, quedando detenido al enredarse la brida en un tronco quebrado. Cuarenta y ocho horas despues se le encontró sano y salvo en el mismo sitio. Alrededor suyo veíanse numerosas huellas de leones. Evidentemente, aquel caballo atado en campo raso les pareció sospechoso, y temiendo un lazo se abstuvieron de atacarle.

Un hombre, encontrando repentinamente un leon, cae desvanecido de miedo al lado de un matorral. Sorprendido el leon, mira por encima del matorral, no ve nada, sospecha una emboscada y huye con la cola entre las patas.

No hubiese corrido tan aceleradamente á estar seguro de que lo veían, porque su vanidad es tan grande como su desconfianza. «En pleno dia, dice Livingstone, el leon se detiene uno ó dos segundos para mirar la persona que encuentra; gira lentamente en seguida alrededor de ella, se aleja algunos pasos con lentitud tambien y mirando á la espalda por encima del hombro; en seguida empieza á trotar, y al fin huye saltando como un galgo en cuanto supone que ya no le ven.»

Un campesino rico, pasando por sus tierras, ve un leon. Le apunta, dispara de lejos, yerra el tiro y huye, siguiéndole el leon. Estenuado de fatiga, salta sobre un monton de piedras, vuelve la cara, y, dispuesto á defenderse, presenta al enemigo la culata de su carabina. Esta actitud impone al leon. Detiéndose á pocos pasos y se sienta afectando la mayor tranquilidad. El cazador no se atreve á moverse. Durante la carrera ha perdido las municiones. Hora y media permanecen mirándose, y al fin se levanta el leon, retirándose lentamente y como á hurtadillas; en cuanto se aleja un poco, huye á la carrera.

Todo esto responde mal á la idea que habitualmente tenemos formada de los leones; pero el leon del Africa austral no es el del Atlas, y bien lo demuestra Livingstone cuando lo describe en estos términos:

«Es algo mayor que un perro de presa grande, y todos sus rasgos se parecen mucho á los de la raza cañina.»

PEDRO NOTH.

## BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Ateneo de Madrid.

### CIENCIA PREHISTÓRICA.

VI y VII.

#### LA DOCTRINA DE DARWIN.

Señores: Interrumpidas estas lecciones por causas muy diversas, tuve necesidad de resumir en la última lo que anteriormente había expuesto, tanto para refrescar los puntos capitales de la ciencia, cuanto para hacer ver lo injustificado de cierto ataque, con apasionamiento y frases poco convenientes, dirigido por un niño viperino al profesor encargado de la Prehistoria en esta cátedra.

Es doctrina corriente entre ciertas gentes, que por otra parte blasonan de mofarse de todo y de tanta independencia de carácter que no admiten ni el menor vestigio de autoridad, que en el momento en que allende los Pirineos se inicia un sistema ó teoría apadrinada por alguna eminencia científica, debemos aceptarla como buena y propagarla hasta con entusiasmo; incurriendo en las más graves censuras de parte de estos nuevos inquisidores, los que, dando pruebas de verdadera dignidad é independencia, queremos estudiar los fundamentos de semejante lucubración, ántes de admitirla. Y cuando lo natural y lógico sería que se llamase á discusión á los que, faltos de conocimientos ó sobrados de rigidez y severidad, insistimos en creer que toda teoría que no armonice con los hechos bien observados no puede considerarse como expresión de ley natural, con el fin de ilustrarnos y de demostrar que estamos en error; lejos de esto, se apela á calificativos poco gratos y á todas luces injustos; singular modo de atraer y de conquistar voluntades!

Y para que se vea cuán difícil es dar gusto á los de escuelas exageradas, cuando uno se mantiene en el justo medio que la importancia del asunto exige, al paso que el articulista en cuestión se exaspera porque algunas veces trato con rigor á los trasformistas que me hacen el efecto de grandes soñadores, pero soñadores despiertos, otro escritor crítico (1), encuentra que juzgo y trato al Darwinismo con una blandura perjudicial, y con una seriedad que está muy distante de merecer la pretendida excelencia del sistema. No encuentro entre estos escritores más diferencia sino en sus términos lisonjeros con que éste me trata, tan distante de la acrimonia del otro, con la particularidad de que éste pasa por amigo y á aquél no tengo el gusto de conocer. Por fortuna, ni la lisonja me envanece, ni los calificativos más duros me harán apartar de la senda que me he propuesto seguir desde este sitio.

(1) I. C. Gramactel. *La civilización*, núm. 1.

Trátase, señores, de la teoría Darwinica, evolutiva ó trasformista, y como si esta representara la síntesis ó quinta esencia del saber moderno, se nos tacha de reaccionarios y de personas de limitado entendimiento á los que, preciándonos de no tener tan anchas tragaderas como los que todo lo admiten de rondon, nos resistimos á admitir que la tal teoría ajuste con los hechos que pretende explicar, ni con la unidad de la creacion, de la que quiere ser su principal fundamento. Partiendo los más genuinos representantes de esta doctrina de la hipótesis de la eternidad de la materia, creen, sin aducir en su favor pruebas suficientes, que esta es capaz de producir por sí misma la vida representada por los vegetales y animales, empezando por los de organismo más sencillo ó protistos, los cuales, obediendo á determinadas leyes llamadas de seleccion y competencia por la vida, suponen han ido perfeccionándose y trasformando unos en otros, hasta llegar al hombre, último eslabon por ahora, de la escala zoológica, y representacion genuina de la infinita suma de modificaciones hasta él experimentadas por los reinos vegetal y animal. Cada término de la serie, en virtud de esta teoría, es la resultante de todas las trasformaciones anteriores, y productora á su vez, ó por lo ménos principio, de otra serie de perfecciones hasta llegar al punto culminante de esta nueva y peregrina escala de Jacob. Pero es el caso, que al llegar á la época actual, observamos que cada especie sólo produce seres á sí mismos semejantes, sin que aparezcan esos progenitores intermedios á que la teoría apela para explicar el origen de los diversos organismos.

A este propósito recuerdo que una de las personas que asistieron á la última conferencia, terminada ésta, subió á la cátedra, y trazando en el encerado tres líneas horizontales en representacion de los tres periodos que precedieron á la aparicion del hombre, expresaba su manera de pensar muy lógica y sensata del siguiente modo: el trazo inferior representa el mono que engendró al hombre preludio ó al hombre mudo de Häckel; el intermedio expresa éste desarrollándose y dando por producto al hombre ya perfecto: ¿por qué razon ya no se obran hoy estas maravillas, y rota la cadena por la desaparicion del tipo intermedio, el antropomorfo engendra monos siempre de la misma especie, y el hombre hace lo propio respecto de la suya? A esta pregunta no se puede contestar sino con evasivas, máxime si se demuestra con la irresistible fuerza de los hechos, que este no es carácter peculiar de la época en que vivimos, sino de todos los periodos anteriores de la creacion. Y si no, dígasenos: ¿qué significa el hallar en todos los terrenos de sedimento vestigios claros y evidentes de tipos los más opuestos desde el zoófito y briozóo hasta el vertebrado, coexistiendo

todos y sin poder encontrar esos tipos intermedios que la filiacion gratuitamente supone? ¿De dónde procede sino el primer Trilótilis llamado Paradótilis, que aparece en los estratos más profundos del terreno silúrico? ¿Quién engendró el primer pez silúrico ó el Ichiosauro del terreno jurásico? ¿Por qué razon preceden á estos algunos reptiles de organizacion perfecta, y en vez de seguir una marcha ascendente dan un salto atrás, produciendo reptiles de estructura tan extraña, que se parecen por las vértebras á los peces, por las extremidades á los cetáceos y por los dientes á los cocodrilos? Contemporáneos ó de la misma fecha el Ichiosauro, el Plesiosauro y otros grandes reptiles del terreno jurásico, ¿quién de ellos fué el padre y quién el hijo? El primero intermedio en parte entre los peces y los reptiles, y tambien entre estos y los cetáceos; y dotado el segundo de organizacion de reptil y de aspecto de ánade ó cisne; reptador aquél, nadador éste, ¿de qué manera se concibe que puedan descender el uno del otro? ni como estos dos tipos tan opuestos pudieran engendrar al reptil volador ó Pterodáctilo, tipo que, por su facies externa, se parece al Murciélagó, y que, sin embargo, es perfectamente reptil en su estructura íntima.

En tiempos relativamente modernos aparecen en el terreno terciario los Dinoterios, los Mastodontes y los Elefantes, grandes mamíferos característicos de diferentes horizontes, cuyo origen y sucesion es difícil poder explicar de una manera satisfactoria; lo único que puede asegurarse es que no se necesitan grandes conocimientos en Anatomía comparada para reconocer y distinguir, no sólo los géneros, sino hasta las diferentes especies, sin que pueda notarse ninguno de los supuestos tránsitos de unas en otras.

Aparecen más arriba los primeros monos ó primates, y sólo se encuentran restos fósiles de estos mamíferos, siempre fáciles de reconocer como pertenecientes á géneros y á especies bien determinables, sin que hasta la fecha haya probado nadie el tránsito de estos seres, á lo que se ha dado en llamar preludio del hombre, del cual no existe en Museo alguno el menor vestigio; al paso que existen por fortuna muchos restos perfectamente humanos, idénticos, á pesar de su remota antigüedad como lo justifica su fosilizacion, con los huesos humanos de hoy.

Que se demuestre que nada de esto es verdad; que existen y figuran en las colecciones de seres vivos ó fósiles los tipos intermedios que necesita la teoría como punto fundamental de la trasformacion de unas especies en otras y de género á género; que se pruebe que el silúrico inferior sólo contiene fósiles de organizacion incipiente, y que á tenor de los terrenos se va complicando de una manera normal y re-

gular el organismo vegetal y el animal, y entónces, sin esperar ni dar motivo para calificativos tanto más inconvenientes cuanto menos merecidos, por la circunspeccion con que tratamos el asunto, nos afiliaremos gustosos á un sistema que, si se despoja de las exageraciones en que forzosamente incurre, ofrece no poco que admirar.

Pero como lo que tengo derecho á exigir está muy léjos de realizarse, pues la Paleontología, que tanto bueno nos dice en contra del sistema, no registra en sus copiosos anales un solo dato en su favor, me tranquiliza la idea de que mi conversion al Darwinismo aún ha de tardar mucho en realizarse. Y aunque esto ha de influir bien poco en la marcha de la teoría que cuenta en su apoyo numerosos y valientes adalides, que ciertamente no necesitan el apoyo de persona de tan escasa inteligencia como la mia, esto no obsta para que no sólo crean algunos á piés juntillas en la bondad del sistema, sino que hasta se hace de ella aplicacion á otra esfera de conocimientos, llevando la exageracion de su doctrina al Derecho, por ejemplo, en el cual ha de sacrificarse todó á la conveniencia y perfeccion de la especie humana. Dejo á vuestra consideracion el calcular los efectos de una justicia basada en la competencia por la vida y en la seleccion natural en la humana especie, á la que de admitir semejante principio, habría que considerar como á esas razas de toros, carneros y caballos que los criadores ingleses manejan á su gusto, adaptándolas á las diferentes exigencias de la necesidad, de la conveniencia ó del capricho de la moda.

Dicho esto, conviene insistir en que la ciencia prehistórica, si bien tiene que abordar como ilustracion y complemento el por ahora insoluble problema del origen del hombre, debe principalmente ocuparse en todo lo concerniente á la remota antigüedad del hombre, ilustrando con datos positivos todos los tiempos que median entre su primera aparicion en el globo y la fecha de las más antiguas tradiciones de los pueblos. Podrá, sí, el estudio de los restos fósiles humanos y el de su yacimiento esclarecer en cierto modo la cuestion de su origen, así como la comparacion de aquellos restos con los del hombre actual podrá servirnos de base segura para saber si ha experimentado profundas ó ligeras modificaciones; pero lo que más directamente está llamada á ser la Prehistoria es el mejor complemento de la historia, manca é incompleta hoy por arrancar de períodos muy posteriores á su origen.

En este concepto la ciencia, verdadera rama desprendida de la Geología y Paleontología, eficazmente auxiliada por la Arqueología, la lingüística y otros ramos del saber, nos asegura que el hombre, sea cualquiera su punto de partida, mucho ántes de constituir pueblos y nacionalidades, hacia como

el salvaje de hoy, vida errante y vagabunda, sirviéndose para luchar con la naturaleza y satisfacer sus cortas pero apremiantes necesidades, de las uñas y los dientes primero, después de ramas y troncos de árboles, y, por último, de utensilios y armas toscas de piedra que tallaba groseramente valiéndose de otra piedra más dura, echando mano de los metales en tiempos relativamente modernos. La demostracion de todo esto ya constituye un servicio tal de parte de la ciencia geológica aplicada á la historia de los comienzos de la humanidad, que bastaría por sí sola para hacerse acreedora al aprecio y gratitud; pero la ciencia, aplicando á este estudio el método comparativo de los otros ramos de la naturaleza, ha llegado á clasificar dichas remotas edades, fundada en la diferente facies de los instrumentos de piedra y metal asociados por otra parte á la aparicion del fuego, de la cerámica y de otros rasgos característicos, con lo cual la Prehistoria, sobre adquirir más precision y exactitud, lleva á la verdadera historia una ilustracion que ninguna persona sensata puede ni debe rechazar. De intento insisto en esto porque aún hay en esta tierra personas que por el sagrado ministerio que desempeñan debieran mirar con circunspeccion y seriedad asuntos de suyo serios, y que, sin embargo, por no tomarse quizá la molestia de ver y examinar lo que el movimiento científico produce con vertiginosa y admirable rapidez, miran con desden y hasta se burlan de mala manera de este estudio, sin reparar que con ello, más que la ciencia, se perjudica su buen concepto. Dejémoslos, pues, de inconsideradas prevenciones, y veamos y aceptemos de buen grado lo que pueda servir para nuestra mayor y más sólida instruccion.

JUAN VILANOVA.

\*\*\*

Academia Médico-Quirúrgica Española.

#### EL TRATAMIENTO DEL CRUP.

El Sr. Montes, autor del tema, manifestó que no iba á discutir teorías, sino á presentar hechos prácticos, hijos de su observacion.

Para tratar con acierto una afeccion cualquiera, es indispensable conocer sus causas, y por desgracia en el crup son muy oscuras: segun el Sr. Montes, el crup, la difteritis y la angina diftérica son voces sinónimas, como lo demuestra la opinion de varios autores, y muy particularmente la definicion que de esta enfermedad hace Jaccoud. Dos indicaciones principales hay en el crup: una local, que tiene por objeto separar las falsas membranas y provocar su expulsion; y otra general, que tiende á determinar en el organismo una alteracion capaz de impedir el desarrollo de las mismas. Hizo una reseña bi-